

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:
Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

"Este precepto os doy: Amados los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Calle de Casimiro Velasco, 33, 2.º dcha.

LA ESTRATAGEMA DE AUREA

A la baronesa ilustre de Valclara, grande amiga de esplendores, saraos y recepciones ceremoniosas, tenía que resultarle algo importuno el quisquilleo sistemático de su capellán don Nazario, quien a todas horas, como enfadoso moscardón, andaba zumbando a sus oídos con la eterna muletilla de la conciencia: ¡Que la conciencia es de vidrio! ¡que se empañal, ¡que se estríal, ¡que se rompe! Y por cualquier festejo de rumbo, siempre con la misma tonada.

¡Como si ella no conociese perfectamente la linde donde confluyen los fueros de la virtud y las atenciones de la sociedad! ¡Como si la distinguida aristocracia que en sus altos salones se reunía para una tertulia, para un baile, para un simple té de cumplido, fuese a traspasar nunca las fronteras del buen tono! Vamos, que con todo lo sabio y prudente que era el tal sacerdote, se había dejado obscurecer los ojos por la telaraña despreciable de la aprensión.

Donde quiera veía lazos, soñaba riesgos y lloraba profanaciones. Padecía la obsesión del abismo.

¡Menudo debate acababa de sostener la baronesa con su obstinado confesor! Total, por una pequeñez, que decía la dama; porque había invitado a sus amigos para un baile culto, honesto, elegante y más idóneo para lucimiento de galas que para desborde de alegrías.

—¿Y no considera usted—insistía don Nazario con severo aplomo—que en la temporada de Cuaresma estas diversiones, por más tinte de finura que se les recargue, denotan mucho espíritu de frivolidad y poco respeto a nuestra augusta religión?

—No soy yo de las que gradúan la piedad por la escala de las apariencias. Puede usted achacar a capricho lo que es obsesivo, a desacato lo que es cultura. Dios penetra el fondo de los corazones, y no sé que haya delegado en nadie la competencia de su fallo. ¡A El me atengol

—Bonita resulta la apelación a Dios, cuando precisamente señala usted para el baile la galería de retratos, donde en primer término figura la imagen del Señor, a quien van a ofender en su propia cara; el crucifijo venerable, que los antepasados eligieron presidente de sus batallas, y ahora, por obra y gracia de la noble baronesa, tendrá que ser presidente de los tripudios.

—Tan impertinente es el recuerdo como alambicada la moraleja. Ya no hay moros

en la costa; y tiempo por tiempo, el presente acepto. Y por si desdice algo de nuestra diversión, ya he mandado que tapen con un damasco el crucifijo.

—¡Ello por ello; para que sea completa la farsa! Lo mismo, lo mismo que hicieron los soldados con Jesús en la noche de las burlas. Sólo falta que ordene usted a cada uno de los invitados, que cuando en el vértigo de la ilusión pasen ébrios de concupiscencia junto a la cruz, digan como los antiguos verdugos: «Adivina quién te dió.»

—¡De esta hecha todos excomulgados! ¡Qué manera de retorcer el sentido obvio de las cosas! Pero es inútil, porque yo no me rindo a los discreteos de un hombre más aficionado a la espuma de la hipérbole que a la sonda de la exactitud. ¡Siempre ha de venir usted a perturbar los regocijos de familia!

—En bien de esa misma familia, que cuando rasgue las cataratas de sus ojos, me lo agradecerá; ¡vaya si me lo agradecerá! Además, que no estoy tan solo en el palenque como a usted se le imagina.

—¿Tiene usted algún confederado?

—Una confederada, y de mucho brío.

—¿Mi doncella?

—No.

—¿Mi hija?

—Sí.

—¡Eso es! No bastaba haber trastornado su cabeza con el duende de la vocación, que ahora me la obliga usted a un soberano desaire.

—Ha sido espontánea su idea. Su ángel custodio se lo habrá inspirado.

—¡Bueno! Vislumbro toda la trama de la conjura. Pero ni usted, ni ella, ni ella con usted, me harán desistir de mi empeño. Hoy sabremos quién manda en mi palacio.

—¡Sería el primer gusto que negara usted a la angelical criatura! No lo creo. Tiene usted demasiado buen corazón.

—¡Trasto de rapaza! ¡Con lo que sale!

Había obscurecido. La luna en creciente derramaba sobre las cristaleras sus apacibles fulguraciones, y el murmullo del gentío se apagaba lentamente como el rumor del arroyo, que desaparece entre los juncales de un remanso. En cambio los coches linajudos de la población se agolpaban al vestíbulo del palacio de Valclara, y en los salones, saturados de luz y de aroma, se iban aglomerando grupos de mancebos elegantes y señoritas deslumbradoras de lujo y de belleza.

Algo se resentían los trajes de voluptuo-

sidad; pero ¿qué culpa tenían ni ellas ni las mamás, si la moda cortesana era quien manejaba la tijera del gusto, y la corriente del estetismo propendía inevitablemente a restablecer en su trono a la *augusta desnudez* de nuestros tatarabuelos del bosque? ¿No es verdad que la *naturaleza* realza la *gracia*, y que el rigor de la modestia produce en la juventud el efecto de un *corsé moral*, insoportable para quien a toda costa pretende desplegar sus atractivos?

Por eso está muy bien pensado que se vaya poco a poco recobrando la primitiva originalidad de nuestra forma y se abandone lo artificial, lo postizo y lo engañoso, por lo espontáneo, lo propio y lo natural. ¡Oh, los ideales del modernismo!

Sin embargo, en el palacio de Valclara nadie tenía derecho al sonrojo, y aunque lo tuviera, nadie usaba de tal derecho. ¡Fuera una incorrección!

La baronesa a todos recibía con afabilidad, obsequiaba con finura y atendía con viveza. Hubo señorita más o menos confiada que preguntó por Aurea, en ademán de zaherir su ausencia, en ocasión que su mamá hacía los honores a tan ilustres invitados. La baronesa alegaba una leve indisposición en su hija, y aunque se le respondía con afectados gestos de pesar, todas penetraban el secreto de la reticencia y hasta murmuraban de la *devota nimiedad* de aquella niña.

Comenzaba el prelude del vals en el piano. Los ojos de los concurrentes brillaron con inusitada alegría y cada nota palpitó en sus corazones, como influidos de un electroimán. ¡Qué noche más feliz iba a disfrutar la aristocracia en flor entre armonías, perfumes y latidos de juvenil entusiasmo!

Mas he aquí que cuando los jóvenes atildados ofrecen su brazo a la compañera preferida y se cruzan un saludo de amor con sonrisa de labios y trueque de miradas, allá de la testera se levanta, por impulso de un agente invisible, el damasco sobrepuesto a la pared y aparece triste, pálido y angustioso el Crucifijo. Un sentimiento de terror se apoderó de los circunstantes. ¿Qué pasaba?

Las pupilas exánimes del Crucifijo se animaban... al menos así parecía; y debajo de sus pies colgaba una inscripción de severo contenido, en letras rojas, grandes y algo fosforescentes:

«Bailad; yo lo presencio. ¡Honraís bien mi Pasión!»

La baronesa se puso lívida de rabia. ¿A que era una treta de su capellán? Lanzóse fuera de la galería; pero antes de que saliera al corredor, su hija se presentaba sonriente en medio del tumulto.

—No os extrañéis—decía—es una broma. Podéis valsar sin miedo.

Inútil. Todos comprendieron su buena intención, y el baile se redujo a una tertulia de íntima cordialidad, donde se comentó y aún aplaudió la ingeniosa estratagema y la *devota nimiedad* de la muchacha.

Andrés A. POLO.

La enseñanza religiosa

Insistiendo en la importancia de nuestro título RELIGION Y PATRIA y en el por qué todos nuestros trabajos procuramos que vayan siempre encaminados a la consolidación de estos dos grandes y santos ideales, vamos hoy a ocuparnos en la enseñanza religiosa, firme base del bien individual y social. No es nuestro el mérito de la recopilación, se lo merece la importante revista zaragozana «El Pilar».

Leed y entended:

«Consideramos este punto de tanta importancia y a la vez de tanta actualidad que no vacilamos en volver de nuevo sobre el mismo o semejante tema, no precisamente para convencer a nuestros píos lectores, sino para proporcionarles ideas y argumentos con que persuadir a los católicos tibios y flojos y combatir a los desgraciados que con su ignorancia, impiedad y sectarismo van arruinando el edificio de la patria al socavar sus cimientos basados en nuestra santa religión. Aprovechamos una recapitulación de citas y textos que un ilustre publicista ha seleccionado y que creemos pueden ser útiles para el fin indicado.

La Religión ha sido considerada por todos los hombres, y en todos los tiempos, como el fundamento indestructible de las Sociedades humanas. Quien destruye la Religión, destruye el fundamento de toda Sociedad humana, dice Platón en el libro X de sus Leyes. Según Jenofonte (sobre Sócrates): «Las ciudades y naciones más piadosas han sido siempre las más duraderas y más sabias». Plutarco afirma que es cosa más fácil fundar una ciudad en el aire, que constituir una Sociedad sin la creencia de los dioses. Rousseau, en el «Contrato Social», lib. IV., cap. 8, observa que jamás se fundó Estado ninguno sin que la Religión le sirviese de fundamento. Voltaire dice que allí donde hay una Sociedad, la Religión es de todo punto necesaria. Cicerón dice que la Religión es el eje alrededor del cual todo se mueve. Aristóteles afirma, que en toda República ante todo es el culto divino. Maquiavelo dice: «Ninguna señal más cierta de la ruina y de la muerte de una Sociedad, que el desprecio de la Religión». «A Dios, dice Lasserre, se le destierra de nuestras leyes, de nuestras Instituciones, de nuestros Ejércitos... ¿cómo, privado de sus ci-

¡DULCE PATRIA MÍA!

Quién me lo dijera,
dulce patria mía,
que habría hoy de verte
triste, empobrecida,
llorando callada
sobre las cenizas
de aquellos santuarios
de tu fe divina,
la fe legendaria
de tus monarquías,
tronos y coronas
que yacen en ruinas.

¡Quién me lo dijera,
dulce patria mía!

¡Qué pena da el verte,
Madre esclarecida,
sufriendo amorosa
las hondas heridas
que en tu pecho abrieron
las manos impías
de los nobles hijos
que tanto querías
y que ayer besaban
tus plantas divinas!
Si ellos te han herido,
es que no sabían
que al herir tu Iglesia
con leyes inícuas,
a su madre patria

sin quererlo herían.

¡Quién me lo dijera,
dulce patria mía!

Cómo mis hermanos,
mi Madre bendita,
olvidar pudieron
que la fe divina
es un sol hermoso
que todo lo anima;
que sin fe los pueblos
perecen en ruinas.
Cómo han olvidado
que sus glorias mismas
fué la Iglesia santa
quien las dignifica,
fueron sus soldados,
fueron sus doctrinas,
sus reyes cristianos,
llenos de fe viva;
fueron sus cruzados,
fué la Cruz bendita
que en sus nobles pechos
llevaban prendida.
Esa Cruz gloriosa
que hoy veo escondida
entre los escombros
de tus glorias mismas.
¡Quién me lo dijera,
dulce patria mía!

No llores, mi patria,
no llores, bendita,
que aún hay españoles
que por tí suspiran.
Ni todos te venden,
ni todos te olvidan,
ni todos reniegan
de su fe divina;
ni todos sus templos
caerán en ruinas.
Ve cómo tus hijos
defienden tu vida,
defienden tus glorias
contra esa horda impía
y ese socialismo
que nos aniquila,
y esas libertades
que nos esclavizan.
No llores, mi madre,
que ese llanto humilla
a los que te amamos
soberbia y altiva
y hoy te contemplamos
triste, empobrecida,
llorando amorosa
sobre las cenizas
de aquellas grandezas
que hoy son tristes ruinas.
¡Quién me lo dijera,
dulce patria mía!

CIRO ROYO.

mientos, no se vendrá abajo el edificio?»

De manera que atentar contra la Religión, es atentar contra la Patria, conforme dicen estos sabios. Y esto ofende tanto a Dios, que Santo Tomas afirma que los gobernantes que han atentado contra la Religión, han tenido mal fin. *Infelicem consecuti sunt exitum*. Victor Hugo, en la Asamblea legislativa de Francia, 1850, exclamaba: «Debería llevarse a los tribunales a aquellos padres que envían a sus hijos a escuelas, sobre cuya puerta está escrito:—Aquí no se enseña religión...—Quiero, pues, firme, leal y ardientemente la enseñanza religiosa de la Iglesia, no la enseñanza religiosa de un partido. La quiero íntegra, no mentirosa ni fingida; quiero que tenga por objeto el cielo y la tierra».

Otros autores, nada clericales, decían a su vez:—Enseño yo mismo el Catecismo a mi hijita, porque para instruirla, no he hallado otro libro más a propósito ni mejor que el Catecismo diocesano (Diderot).—El mejor regimiento de gendarmes es un buen Catecismo (Dumortier). La religión es la clave del edificio social (Sclopis). El Catecismo fué el único código de moral de todo el mundo por muchos siglos (Rossi). O el Catecismo o la Internacional (Bonghi). El Catecismo encierra en sus cortas páginas más jugo de filosofía que no se podría exprimir de los muchos volúmenes de los filósofos (Jouffroy). El hombre no sólo tiene necesidad de saber, sino también de creer y de esperar (C. Cantú).

En los días más prósperos de su imperio, habiéndose asombrado Napoleón

III de los muchos jóvenes que acudían a los Colegios de los Jesuitas, comunicó su aprensión a un cortesano amigo suyo, quién le contestó:

«Nada temáis: los discípulos de los Jesuitas no levantarán jamás barricadas contra vuestro trono.» Un maquinador de revoluciones en Italia presentó a su hijito al Colegio de los Jesuitas para ser educado allí, y notando cierta admiración en el Padre Rector, le dijo: «No se admire usted que le confíe lo más precioso que en el mundo poseo: sé quienes son ustedes; y precisamente porque amo a este hijo mío, se lo entrego, seguro de que en sus manos crecerá por dicha suya diferente de mí». Jorge Byron coloca a su hija educanda en una Casa de Monjas de las Romanías. Carlos Botta, hallándose al fin de su vida en París para descansar de las luchas pasadas, envía a su hijo a la iglesia de San Sulpicio a las lecciones del Catecismo que daba a los jóvenes en aquel tiempo el joven abate Dupanloup, obispo luego de Orleans; el Historiador italiano no teme el Catecismo católico. Cuando, bajo la monarquía de Luis Felipe, en la Cámara francesa, se ventiló la proposición de suprimir la enseñanza religiosa en las escuelas, se levantó un diputado, quien dijo: «Un padre, educado en la escuela de Voltaire, no quiso para sus hijos enseñanza religiosa. Pues bien: uno el sentimiento de ver al primero juntarse con malhechores y subir al patíbulo; a su hija, hecha la fábula de la ciudad por sus escándalos; y al tercer hijo, cadáver ambulante por sus vicios, entrar en casa para echarle a él, pobre viejo, después de haberle llenado de insultos.»

Hace poco vi a este padre en el manicomio de Charentón, donde, en los momentos lúcidos se acusa a sí mismo de haber asesinado a sus hijos. Ahora, señores, si tenéis valor, votad en favor de la proposición».

Tales son las enseñanzas de la Historia y de los sabios, aun los impíos, clamando muy alto por la enseñanza religiosa, para el bien de las familias, de la sociedad, de la patria.»

Dios ha hecho con su admirable Providencia que la rebeldía del error y la soberbia del mal se castiguen a sí mismas por ministerio de la lógica. (Mella.)

¡Oh las mujeres!

Las fichas del dominó chocaban furiosas contra el mármol de la mesa.

Los ternos saltaban redondos y con estrépito.

Por un seis doble armó una camorra.

Por un cierre casi se pega con otro.

Alfonso el Pacífico se había convertido en Alfonso el Batallador.

—Pero ¿qué mosca le habrá picado hoy a Benito que no hay quien le aguante?—se preguntaban asombrados sus contertulios.

¿Qué mosca?

La de peor especie.

¡¡ Su mujer !!

Ocho años de casados sin que la mosquita muerta dejase oír el más leve zumbido.

Y a los ocho años... inesperadamente, traidoramente... ¡zás! una picadura... ¡zás! ¡zás! ¡¡zás!!! otra picadura y otra y otra...

Me explico perfectamente que se refugia se en el café, dando al diablo a todas las mujeres.

Vereis con qué finura lo hizo.

Acababa Benito de escamotear una señora ración de carne cocida con patatas, nadando en una salsa color chocolate, riquísima, cuando la mosquita muerta de su mujer le puso ante los ojos una hojita impresa, al mismo tiempo que le decía:

—Esto han traído hace un momento para tí.

Y desapareció por el foro.

«Ejercicios espirituales para hombres bajo la dirección...» y seguía un título de letras muy gordas y una vibrante alocución de caracteres más pequeños.

Benito leyó de corrida y la volvió a echar sobre la mesa.

Su mujercita entraba indiferente, casi distraída, con el postre favorito: una manzana asada.

El esperó, digo, temió que ella le hablase algo; pero ella no tenía nada que hablar y se calló.

Benito respiró. Al cuarto de hora ya no se acordaba de la hojita.

Comida del día siguiente. A Benito se le van los ojos tras un delicioso bacalao a la vizcaína.

¿Más a punto?...

—¿Sabes que me he encontrado en la carnicería con la mujer de Vicente?—le dijo la suya.

—¡Bien! ¿Y qué?

—Que me ha dado un recadito para tí.

—Pues dímele.

—Es que no me atrevo... Te vas a enfadar...

Esto, con muchos colores de apurada en las mejillas.

¿Enfadarse, con aquel bacalao a la vizcaína que tan campante iba bogando camino de su estómago?

—Pues dice... dice... vamos, que te agradecería mucho el que quisieses acompañar a su marido a los Ejercicios...

—Pero oye, tú, ¿desde cuándo necesita niñera su marido?

—¿Ves? ya te decía yo que te ibas a enfadar.

—Si no es por tí... si es que... es que hay algunas pretensiones...

Y sin darle tiempo para más, se volvió ella a escurrir como una anguila.

Verdad que tampoco el marido estaba para contestar, con su bocaza de metro y medio llena de bacalao y chorreando tomate...

También entonces calló su mujercita. En cambio, Benito se llevaba su ración de disgusto al café.

Hoy le ha tocado el turno a una ensalada de huevos con aceite y vinagre. ¡Estupendos!

El entusiasmo de Benito se desborda.

—¡Que no se te ocurra ponerte en ensalada a tí misma, porque te comol

—Pues había de hacerte daño.

—¡No me lo digas ni en bromal

—¡Si te lo digo de veras!... ¿No ves que tengo espinas?

—¿Tú?

—Verás cómo sí. ¿Qué respuesta doy a la mujer de Vicente sobre aquello de los Ejercicios...?

A Benito se le hincharon los carrillos.

Más esta vez no fué la ensalada, sino de la cólera.

—También es ocurrencia... Pero ¿y quién la meterá a esa en camisa de once varas?... ¡Tendría que ver! Nada, nada, ¡acompañe usted a su marido y, si no le gusta revientel... Mira, le vas a decir que no puedo... que mis ocupaciones... ¡cualquier cosal

—Pero hombre, ¿tan imposible es lo que te pide?... ¿Tienes miedo o qué?

—¿También tú?—exclamó Benito acabando de estallar.

Y éste fué el día en que se refugió en el café, dando al diablo a todas las mujeres.

A pique estuvo de hacerle daño la ensalada.

Si se lo hubiera hecho, indudablemente la culpa se la llevaban los Ejercicios.

Y sin embargo ¡la cantidad de aceite que sorbió hubiera protestado allá dentro en nombre de la verdad!

¿Los Ejercicios! ¡Cuidadito si le trajeron preocupado, de mal humor, los dichosos Ejercicios!

—¡Bueno! ¡vas allá!... Te hablan, te convencen ¡eso es fjol... ¡por qué será que todo el que se mete, sale convencido?... Y ¡nadal ¡a llevar vida de fraile!, deja el café, deja la tertulia, dejálo todo... y estate media vida metido en la iglesia, como un beato... ¡Quital ¡quital ¡ni pensarlo!

Y en efecto, nuestro buen Benito no podía apartarlo de su pensamiento.

¿Si tendría razón su mujercita?

¿Sería miedo?

Convidaba la tarde, reventando de luz y de calor y de vida, a salir de paseo.

Al anoecer, ya de regreso, le dijo ella con mucha suavidad y mucho hacer la que se apuraba:

—¿Tampoco querrás acompañarme a encargar una misa por tu difunta madre? ¿A que no te habías acordado? Mañana hace dos años...

—¡Qué mujercita ésta! ¡que ha de estar en todo!

¡Y qué remedio! Como su maridito no suele estar en nada...

A la puerta de la iglesia, alguien le advierte:

—Usted dispense, señora, pero no puede entrar...

—¿Yo? Pues, ¿cómo así?

—Los Ejercicios de hombres...

Benito botó, como si le hubiesen plantado banderillas en los nervios.

—Pero éste ya podrá entrar, ¿verdad?... Anda, hombre, haz a tu mujercita el favor de ir a la sacristía y dejar esta limosna para una misa.

Tardó en salir media hora larga.

—Dispénsame, chica, pero estaba cerrada la puerta de la sacristía y he tenido que esperar hasta que terminase el sermón...

—¿El qué?...—preguntó con tonillo picaresco su mujer.

—Me parece, me parece, que la martingala de la misa...

EL ENCAPUCHADO.

La Iglesia no necesita, para triunfar en el mundo más que una cosa, la libertad; pero el error no puede dársela; no se la ha dado nunca.—(Mella.)

San José, amigo de los obreros

San José tiene para vosotros, obreros cristianos, un especial cariño y cuidado; pues aunque ama a todos los redimidos con la sangre preciosa de su divino Hijo, siente un atractivo muy particular hacia aquellos que ganan el pan con el sudor de su frente. ¿Cómo no?

San José, no obstante descender de la Real familia de David, de ser el esposo de la Reina de los cielos y padre legal del Hijo del Altísimo, perteneció a vuestra clase; no fué propietario, no fué principal, ni rico. Fué lo que sois vosotros, obrero, artesano: y por esto os mira con simpatía, con acendrado cariño y tierna compasión.

El Humilde artesano de Nazaret estuvo sujeto a las mismas necesidades que vosotros. ¿Sois pobres? Pobre fué San José, tal vez más que vosotros. ¿Tenéis que trabajar todo el día?

Lo mismo tendría que hacer San José. ¿Vuestra casa es pequeña? Pequeña fué la casa del Santo Patriarca; preguntádselo a los que la han visto en Loreto. ¿Andais escasos de recursos? Así andaría San José. ¿Llevais ropas viejas, remendadas; calzado vil y tosco? Igual que vosotros calzaría y vestiría San José. ¿Teneis mala cama? Como San José. ¿Los ricos pasan a vuestro lado sin miraros? Lo mismo le pasaba a San José. En todas estas cosas

os parecéis al pobre carpintero de Nazaret; pero os diferenciáis muchísimo en otras.

San José no hizo lo que hacen algunos de vosotros: blasfemar, quejarse de su suerte, echar la culpa a la Providencia, como si en vuestra casa no pudiese permitir las escaseces y miserias que permitió en la casa de su Hijo muy amado. Nunca faltó a sus deberes religiosos, como faltáis la mayor parte de vosotros, como si nada tuviérais que ver con Dios, como si no le debiérais la salud y la vida. Lo que no hizo San José es lo que hacen algunos trabajadores, malgastar el importe de su trabajo en vicios y excesos, sino que lo empleaba en sustentar a su Santa Esposa María y al Divino Niño Jesús.

Ahora bien, si la amistad o encuentra iguales, o los hace, para que la amistad de San José con vosotros sea eterna, es preciso que trabajéis por hacerlos

semejantes a él no sólo en la pobreza a indigencia, sino también en las virtudes; la religión, asistiendo al templo los domingos y días festivos; la paciencia, conformándoos con la voluntad de Dios en los trabajos de la vida; la moralidad, apartándoos de las casas de juego, de las tabernas, cafés, bailes y demás centros de corrupción, en donde perdeis el dinero, la salud y la vida temporal y eterna.

S. de C.

LA PERSECUCIÓN SEMILLA DE CRISTIANOS

Quando los católicos se duermen tranquilamente en la rutina que les deja la protección oficial, no son católicos verdaderos, católicos militantes, conforme manda el Evangelio, y entonces viene el desastre, la persecución, el atropello, y

Dios, que sabe sacar bienes de los mismos males, se vale de los sectarios para levantar a los tibios, enfervorizar a los creyentes, despertar a los dormidos, desengañar a los ilusos, en una palabra, para traer el catolicismo a su verdadero cauce de militante.

Siempre la persecución fué, a despecho de la impiedad, semilla de cristianos....

¡Patria mía, tus tristezas del presente, se convertirán presto en victorias y alegrías!

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sra. D.ª M. A. de M.—Madrid.—1932.

Del señor Cura de Bimenes hemos recibido cuatro pesetas de donativo.

Cien pesetas es el importe de otro donativo que se recibió, por segunda vez, en esta administración, de un celosísimo sacerdote muy apóstol y muy querido en Gijón. Valor importante por su materialidad es este refuerzo, pero mucho más vale por lo que para nosotros significa. Nuestros catecismos tendrán con esto aumento de números. ¡Ah si pudiéramos propagar sin límite!

Sr. D. A. M. P.—Villahormes.—1933.

Del muy ventajosamente conocido colegio de doña Adelaida Prieto, hemos recibido su acostumbrado donativo de 5 pesetas.

Jamás se ha derrotado a un adversario haciendo concesiones a su bandera y a su causa.—(Mella.)

Imprenta «La Reconquista» :: Gijón.

Melchor Osorio

RELOJERIA Y JOYERIA
Pl y Margall, 13 -:- GIJON

Venta de todos los artículos del Ramo, sin competencia.

Compra de oro, platino y brillantes
Pago todo su valor.

LA

Librería Palacios

Continua liquidando
en

Santa Rosa, n.º 4

—: Gijón :—

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Detalle: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Telegramas y telefonemas: GALONSO
Teléfono Detall: 2912
Teléfono Almacén: 2913

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica
: Enfermedades del Pulmón y Corazón :

Consulta: de 11 a 1 :: San Bernardo, 143 :: Teléfono, 1219 :: GIJON

SIDRA CHAMPAGNE

“ZARRACINA”

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJON

LUIS BASURTO QUÍMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico
Fluoruro de Sodio
Pasta para esmerilar, rápida
Espato-Flour, en piedra y molido
LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJÓN

Luis Infiesta y Castro

(Antes Acebal, Rato y Comp.ª)

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28

—: GIJON —

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas
Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, banos de jardín y cuantos encargos se hagan

Rápida entrega de los pedidos

“La Fama Asturiana”

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Pídase en las tiendas de ultramarinos.

OBRAS TEATRALES (De propaganda social)

- El Anarquista..... 1 peseta.
- Mitin socialista..... 1 „
- Jauja..... 1 „
- El Señorito..... 1 „
- El Requeté..... 1 „

Certificado, 0,30 de pta. más. Los pedidos a esta Administración.

Colecciones de RELIGION Y PATRIA años 1928-29-30-31 32, a 4 pts. cada año.

PUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia
Teléfono 17-20. — Gijón

SERVICIO PERMANENTE
Preparación de Escritos de Economía

Francisco Prendes Pando

ABOGADO
SOMIÓ :: GIJON

TOS



ULTRAMARINOS FINOS
Arturo Prieto Acebal
Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31
GIJON

C. Teléfono 2934

Doctor Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso
Cincuenta y cinco años de práctica.
Consulta: Mañana y tarde
Corrida, 63 — Teléf. 490. GIJON